

IDEAS - IDEALISMOS - IDEOLOGIAS

INTRODUCCION

Ha habido tiempos con luchas enconadas de ideas. El Índice de libros prohibidos, la Inquisición pueden ser ejemplo de esta intolerancia con respecto a otras ideas. Casi diríamos que la misma Historia de la Filosofía y, más aún, los escritos de ciertos pensadores se caracterizan por esta polémica a veces cruel. Hoy nos reímos con conmiseración ante las diatribas de Lucero contra el Papa y ante el estilo apologético de latiguillo de la mayor parte de los filósofos escolásticos del siglo pasado. Sinceramente nos parece, como a Gilson, un estilo de mal gusto. Estamos en la edad del diálogo y pedimos, como derecho esencial al hombre, que se respeten los pensamientos de cada uno. La injuria y la ironía nunca han sido argumentos, que prueben o contradigan una proposición.

Sin embargo, también hoy, restos quizás de la educación decimonónica aún en vigor, el diálogo degenera con demasiada frecuencia en polémica y de dialéctica —en el sentido originario de la palabra— se pasa a pelea personal, más efectiva que lógica. Quizá este tránsito se pueda justificar, porque hoy son verdades vitales, las que parecen estar en tela de juicio.

Por eso creemos que conviene filosofar un poco sobre los tres conceptos, que encabezan nuestro estudio: ideas, idealismos e ideologías.

1. Ideas.

Las ideas son en sí una captación de la realidad. Captación más o menos superficial, más o menos parcial, más o menos arbitraria. Pero nunca totalmente arbitraria, ni tampoco totalmente adecuada y comprensiva. Los filósofos de todos los tiempos están acordes en afirmar, con diversas fórmulas, que la verdad y la falsedad no están en las ideas. Y la total verdad y la total falsedad, a mi juicio, tampoco reside en las mismas proposiciones, si han sido elaboradas sinceramente por un hombre pensador. El hombre por naturaleza es pensador y lógico y no cae en el error a sabiendas de que es error, ni puede permanecer en el error conocido como tal.

Toda captación de la realidad, por disparatada que pueda parecernos, si ha salido de una mente racional, tiene su fondo intuicional justificado. Se ha captado algo. Y algo como es en sí, al menos bajo el aspecto de esa intuición. Muchas veces he pensado, que la falsedad de algunas proposiciones tiene la verdad de las caricaturas: exageran un aspecto real y característico del personaje caricaturizado; no son una fotografía exacta de

él, pero nos dan un rasgo verdadero, que en la fotografía pasa inadvertido, al estar involucrado en otros rasgos. Lo característico pasa a ser un elemento más, que no caracteriza.

De ahí que toda filosofía y todo filósofo —si se trata de verdaderas filosofías y filósofos— nos den una intuición y una decantación válida de la realidad, si la miramos con ojos vírgenes de prejuicios. Y en este respeto por la racionalidad del hombre se ha de basar la comprensión del diálogo. Un diálogo por cortesía o por método de convicción es espúreo.

2. Idealismos.

Pero el paso de la idea al idealismo es muy fácil. El idealismo es una totalización del valor de la propia idea. Se caracteriza por la confianza absoluta en la propia razón. Y, a partir de una idea —quizá válida—, se tiende a una sistematización y esquematización ideológica de la realidad, que es más una sistematización y esquematización de la propia intuición. Se imponen a la realidad las leyes del propio pensar, sin dejarla en su libertad autónoma de lo óntico y fáctico. Ya no se le escucha a la realidad en su desvelación fáctica, sino que se le habla, se le increpa y se le impone su ser, conforme a nuestro pensar. El idealismo consiste en mirarse a uno mismo y complacerse en el propio pensamiento, como única realidad válida, intérprete fiel de la realidad y ley del ser y aun del pensar ajeno. Así, lo que pudo ser una intuición válida en su parcialidad, pasa a ser la realidad entera. Siguiendo con la comparación de la caricatura, convertiríamos al hombre característicamente narizón en sola nariz. Y ahí sí se da el error. El idealismo es fanático. Y es totalmente contrario al diálogo.

Por eso, quizá pudo decir Nietzsche con razón: “Desconfío de todos los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad”.

Y Nicolai Hartmann, más comedido y más científico, afirma: “la época de construcción de sistemas ha terminado y la filosofía sistemática ha vuelto a retomar el camino más modesto, pero más sólido, de la investigación de los problemas”(1).

3. Ideologías.

Pero más pernicioso aún nos parece el paso del idealismo a la ideología. La ideología nace como un enfrentamiento práctico con la realidad. La ideología se construye de cara a la acción, para aprovechar la realidad. Es una cosmovisión, más o menos amplia, que nos ayuda a tomar postura ante nuestro mundo. Hay ideologías políticas, religiosas, económicas, científicas, filosóficas. Aunque quizá nunca podamos llamar con entera propiedad filosófica a una ideología. Diríamos que la ideología no tiene la libertad contemplativa, que exigían a todo filósofo los pensadores griegos, al denominar a la filosofía “Theoría”, contemplación.

La ideología no tiene el desinterés, que exige el amor puro a la verdad filosófica. La ideología es ante todo y sobre todo pragmática. De estas ideologías habla Jaspers, cuando dice: “si el peligro del liberalismo fue atentar contra la justicia en nombre de la libertad, el del socialismo

(1) HARTMANN, N. *Allgemeine Grundriss der Philosophie*. (Tübingen, 1921)10.

Artículos

es atentar contra la libertad en nombre de la justicia. El socialismo sucumbe a este peligro, cuando se convierte de idea en ideología. Entonces el socialismo se absolutiza. Se torna fanático, violento, doctrinario. Y se hace incapaz de realizar su tarea. Pues donde no hay libertad, tampoco puede haber justicia.”(2)

Jaspers contempla el caso de dos ideologías socio-económico-políticas. Pero podemos extender su diagnóstico a toda clase de ideologías.

La ideología, puesta a contrapié de la realidad, avanza por ignorarla como es en sí, para concebirla de acuerdo a las propias necesidades y utilidades, que se ponen como valores absolutos, aunque no estén filosófica ni absolutamente justificados. Siguiendo la comparación de la caricatura, podríamos decir: el ideólogo necesita contemplar al hombre narigudo como pura nariz, porque él es fabricante de descongestivos nasales. La contemplación unilateral del hombre le es necesaria para realizar su negocio preconcebido. De ahí que la ideología esté cargada de elementos no meramente lógicos. En la ideología se amasan en revoltijo unitario la utilidad, la pasión, la necesidad pragmática de aceptación. En este punto damos la razón a Marx y al marxismo, que ponen a toda ideología como superestructura basada en la situación económica —quizá podríamos extender la base de las ideologías a toda situación: socio-político-religiosa— y en los intereses de las diversas clases, con la canonización fáctica de la ideología de la clase dominante. En verdad, no poco de lo que tienen de absoluto y sagrado los códigos jurídicos penales y los idealismos nacionales o de grupo son efecto de una determinada ideología. Incluso lo que tienen de fanáticos los seguidores de una religión, nace no tanto de esta religión, sino de su ideología religiosa.

No falta, por tanto, su parte de razón a las nuevas generaciones, cuando se rebelan ante la inmutabilidad santa de muchas prescripciones y prohibiciones, nacidas de una determinada ideología. Pero también en el caso de estas rebeliones deberíamos separar cuidadosamente lo que surge de la idea y lo que es consecuencia de una nueva ideología, válida en su intuición fundamental, pero también caduca en lo que tiene de ideológico.

Por eso nuestra pregunta grave es: ¿somos arrastrados hoy por ideas, idealismos o ideologías? Mientras no tengamos la serenidad suficiente para distinguir estos tres elementos, estará en peligro el diálogo verdadero y humano. La contemplación filosófica y la humildad científica nos llevará al respeto íntimo de las ideas ajenas, como intuiciones válidas —al menos parcialmente— de la realidad plurifacética. Este respeto es reconocimiento de la realidad intrínsecamente lógica del hombre —de todo hombre— y del plurifacetismo de la realidad óptica en su autonomía fáctica. Y, al mismo tiempo, es reconocer la limitación, también intrínseca, de nuestro propio conocer individual o de grupo. No tomar esta actitud es ya una cierta manera de idealismo. Es erigirnos en centro monopolizador de la verdad con desprecio del pensamiento racional ajeno. De aquí a engolfarnos en el fanatismo de una ideología no hay más que un paso. Y el diálogo en ese caso habrarse tornado imposible.

(2) JASPERS, K. *Origen y meta de la Historia*. Revista de Occidente (Madrid, 1953) 183 y ss.